



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma

Año LXIV. 14 DE JULIO DE 1923. Núm. ~~XIII~~ XI

Viaje del Ilmo. y Rvmo. Prelado.

El día 5 del corriente regresó de Burgos el Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo, en donde pronunció un notabilísimo discurso, cuyo resumen damos en otro lugar de este número, durante el solemne festival *ético-social*, organizado por la Junta de la Cruz Roja, para repartir 25 premios a la *Virtud* y al *Trabajo*, y cuyo acto fué presidido por S. A. el Infante D. Fernando de Baviera y por el Emmo. Sr. Cardenal Benlloch, Arzobispo de Burgos.

El día 11, en el correo de la noche, salió para Madrid de donde regresará dentro de breves días, quedando mientras tanto encargado del Gobierno de la Diócesis (S. P.) el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Gómez, Provisor y Vicario General y Deán de la Santa Iglesia Catedral.

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR

PIO XI PAPA

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

A los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios de lugares, en paz y comunión con la Sede Apostólica. De San Francisco de Sales, en el tercer Centenario de su muerte.

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica

Quando en reciente Carta Encíclica examinábamos la perturbación general del mundo en estos tiempos, para señalar su remedio oportuno, en los mismos corazones de los hombres descubríamos la raíz del mal, cuya curación sólo puede esperarse invocando la mano redentora de Jesucristo por la Iglesia santa. Porque hay que poner freno a toda esta intemperancia de concupiscencias, que como causa principal de las guerras y discordias, perturbando la vida social, perturbando las relaciones internacionales, y hay también que retraer los ánimos de los individuos de los bienes perecederos para convertirlos a los bienes inmortales de que muchos padecen increíble olvido. Pues cuanto más fielmente cada individuo se proponga cumplir su deber, tanto será más perfecta la sociedad de los hombres. Y a esto se dirige con su magisterio la Iglesia católica: a enseñar a los hombres con la predicación de la verdad que Dios le entregó, y a santificarlos con las ubérrimas efusiones de la gracia divina, para lograr de este modo que la misma sociedad civil, formada y modelada tiempos atrás por la Iglesia conforme al espíritu cristiano, vuelva al buen camino cuantas veces observa que va extraviada.

Esta obra de santificación prosigue la Iglesia en el mundo felicísimamente, siempre que por merced divina ocurre propol er a la imitación del pueblo, ya a

unos, ya a otros de aquellos egregios hijos que culminaron en la práctica de todas las virtudes. Y es esto muy conforme con su misma naturaleza; pues fué instituída por Cristo santa y santificante; y los que siguen su dirección y magisterio deben, conforme a la voluntad de Dios, aspirar a la santidad eficazmente. «Esta es la voluntad de Dios», dice San Pablo (1) «la santificación vuestra»; y el mismo Dios declara cómo ha de ser esta santificación por estas palabras: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (2).

Mas nadie crea que esto incumba solamente a unos pocos privilegiados y que a todos los demás sea lícito permanecer en inferior grado de virtud. Pues para todos sin excepción alguna es esta ley; y, por otra parte, los que arribaron a la cumbre de la perfección cristiana, y fueron casi innumerables y de toda edad y condición, como atestigua la historia, la misma debilidad de naturaleza tuvieron que los demás, y obstáculos semejantes hubieron de vencer. Que como sabiamente dice San Agustín: «Dios no manda cosas imposibles, sino que ayudando amonesta a que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas» (3).

Pues bien, venerables Hermanos; la solemne conmemoración, en el año anterior celebrada, de aquellos nuestros héroes San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador, en el tercer centenario de su canonización, no poco enfervorizó en el pueblo e amor a la vida cristiana. Ocurre ahora, felizmente, el tercer centenario del tránsito al cielo de un varón santísimo, que no sólo resplandeció por la excelencia de todas las virtudes, sino también por el magisterio y la ciencia de la santidad. Hablamos de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y Doctor de la Igle-

(1) I. Tesalon IV, 3.

(2) San Mateo, V, 48.

(3) San Agustín. L. De natura et gratia, c. 43, n. 30.

sia; el cual, no de otra suerte que aquellos luminares de cristiana perfección y sabiduría mencionados antes, parece haber sido opuesto por Dios a la herejía de los novadores, origen de esta apostasía de la sociedad humana, cuyas tristes y amargas consecuencias presentes todo ánimo recto deplora. Y aun parece Francisco de Sales por designio especial de Dios dado a la Iglesia para rechazar con el ejemplo de su vida y el poder de su ciencia aquella opinión, ya inveterada en su tiempo y todavía no extirpada, de que la verdadera santidad, tal y como la Iglesia la propone, o es imposible o tan ardua, que no es para todos los fieles, sino para pocos, y éstos dotados de ánimo grande y excelso; que de tales obstáculos está rodeada, que no se acomoda con los que viven, hombres y mujeres, fuera del claustro.

Y así, Nuestro amadísimo predecesor Benedicto XV, al hablar solemnemente de aquellos cinco grandes santos, recordando que pronto había de conmemorarse la santa muerte de Francisco de Sales, prometió escribir Carta al orbe católico, dedicada especialmente a esta conmemoración. Tal propósito de Nuestro predecesor Nos recogemos como herencia, y de buen grado lo cumplimos; tanto más cuanto que es de esperar que los frutos de la conmemoración de los centenarios, solemnizada entonces, se colmen con los frutos de la que ahora celebramos.

Suavidad y fortaleza.

Si atentamente consideramos la vida de San Francisco de Sales, le veremos dechado de santidad desde sus años primeros; no severo y triste, sino suave y asequible para todos; de manera que de él puede predicarse: «No tiene amargura su conversación, ni tedio su trato, sino alegría y gozo» (1). Porque resplandeciendo con la claridad de todas las virtudes, tal era su mansedumbre que parecía su nota propia y pecu-

(1) Sabid. VIII, 14.

liar; pero enteramente desemejante de aquella artificiosa benignidad que consiste en cierto estudio de urbanas maneras y en cierta ostentación de exagerada cortesía; y totalmente ajena de la apatía que por ninguna cosa se conmueve, y de la timidez, que no se atreve a indignarse cuando es menester. Esta virtud capital de Francisco de Sales, brotando de lo íntimo de su corazón como fruto dulcísimo de su caridad, pues en su espíritu de misericordia y de indulgencia como en germen se contenía, con tal suavidad templaba la gravedad de su presencia y sazónaba su gesto y su voz, que se captaba la afectuosa reverencia de todos. Lee- mos que acostumbraba a recibir a todos con facilidad y afablemente, en especial a los disolutos y a los apóstatas que acudían a su casa para dolerse de sus culpas y enmendarse; que profesaba singular predilección a los reos encarcelados, a quienes en frecuentes visitas consolaba con múltiples obras de misericordia, que no menos blandamente solía tratar a sus domésticos, cuya pereza y atrevimientos ejemplarmente toleraba. Y esta mansedumbre, que para todos era, en ningún tiempo faltó, ni en la adversa ni en la próspera fortuna; pues por mucho que le molestasen, nunca los herejes lo encontraron menos afable y fácil. Cuando al año de su ordenación sacerdotal se ofreció espontáneamente a Granerio, Obispo de Ginebra, oponiéndose su padre, para reconciliar con la Iglesia a los de Chablais, y accediendo el Obispo de buen grado, con tal celo acometió aquella empresa verdaderamente magna y difícil, que ningún trabajo esquivó, ningún peligro huyó, ni siquiera el de la muerte; más que su gran saber y su arrebatadora elocuencia, le sirvió su invencible mansedumbre en los diversos oficios del sagrado ministerio, para llevar la salud a tantos millares de almas. Repitiendo frecuentemente aquella memorable sentencia: «Los apóstoles no luchan sino padeciendo; ni triunfan sino muriendo», apenas es

creíble con cuanto denuedo y constancia defendió la causa de Jesucristo entre los chablenses: fué visto correr por valles profundos, arrastrarse por angostas gargantas; ir en pos de los que huían, llamándolos a voces; repulsado inhumanamente, insistir; cercado de amenazas, volver al propósito; rechazado de todo albergue, pasar las noches entre fríos y nieves al cielo raso; celebrar los oficios del culto, aunque nadie asistiera, seguir su sermón, aunque uno a uno se retiraran los oyentes; y todo esto conservando inalterables su ecuanimidad, su caridad suavísima para los desagradecidos, con que al cabo vence la resistencia de los adversarios más pertinaces.

Pero mucho se engañaría quien creyese que Francisco de Sales era así por su propio natural y que fuera uno de los hombres privilegiados a quienes la gracia de Dios previene «con bendiciones de dulzura». Pues, por su misma complexión orgánica, era de natural vehemente y propenso a la ira; sino que habiéndose propuesto imitar a Jesucristo, que había dicho: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (1), vigilaba continuamente los movimientos del ánimo, y violentando su naturaleza, de tal modo los refrenó y domó, que reflejaba la imagen del Dios de la paz y de la mansedumbre, tan a lo vivo como el que más. De esto dieron los médicos ilustre testimonio que quedó en memoria; pues al embalsamar su sagrado cadáver, en él encontraron la hiel petrificada y como hecha cálculos menudísimos; lo que indicaba la maravillosa violencia y el esfuerzo supremo que debió costarle contener, durante cincuenta años, su natural iracundia. Así de esta fortaleza de ánimo que el vigor de la fé y el fuego de la caridad perpetuamente robustecían, procedió toda aquella dulcedumbre de Francisco de Sales, por la que también le cuadra aquello de las Sagradas Letras: «Del fuerte salió

(1) San Mateo, XI. 29.

la dulzura» (1). Ni de otra manera podía explicarse la «mansedumbre pastoral» en que florecía, y de la que dice el Crisóstomo que «nada es más violento que elia» (2); en que tenía para atraer las voluntades de los hombres toda la eficacia prometida a los mansos en el oráculo divino: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (3). Por lo demás cuánta fuese la fortaleza de aquel mismo ánimo, modelo de mansedumbre, muy claro resplandeció siempre que tuvo que contender con los poderosos de la tierra por la gloria de Dios, la autoridad de la Iglesia, la salud de las almas. Como cuando defendió la inmunidad de la jurisdicción eclesiástica contra el Senado de Chambery; del cual, habiendo recibido carta llena de amenazas para que renunciase una parte de sus rentas, no sólo respondió conforme a su dignidad, sino que no cesó en la vindicación de la injuria hasta lograr que le diese el Senado satisfacción plena. Y con la misma constancia y firmeza arrostró la ira del Príncipe, ante quien había sido acusado con sus hermanos injustamente; ni con menos tesón se opuso a la voluntad de los optimates en la provisión de los beneficios eclesiásticos; y del mismo modo, agotados todos los medios condenó a los contumaces que negaban el diezmo al Capítulo de Ginebra. Acostumbraba a reprobar con libertad evangélica los vicios públicos y a desenmascarar la virtud y la piedad fingidas; respetuoso, como el que más, con la autoridad del Príncipe, siempre procedió de manera que ni se doblegó a las pasiones ni al arbitrio inmoderado.

«Filotea» «y Tratado del Amor de Dios»

Veamos ahora, Venerables hermanos, cómo Francisco de Sales, al mismo tiempo que es ejemplar ama-

(1) Jueces, XIV, 14.

(2) Homil. 58. in Genes.

(3) San Mateo, V, 4.

ble de santidad, enseña a todos en sus escritos esta segura y expedita senda de la perfección cristiana: en lo que se descubrirá cómo también en esto imitó a Jesucristo, de quien sabemos que empezó a hacer y a enseñar» (1). Muchos son y notabilísimos los escritos que publicé con este propósito; entre ellos descuellan dos libros muy divulgados, uno titulado «Filotea» y otro «Tratado del Amor a Dios». Por lo que toca al primero, después de distinguir la verdadera piedad de aquella aspereza que, aterrando los ánimos en la práctica de las virtudes, los desalienta, Francisco de Sales, sin despojarla del rigor razonable que a la disciplina cristiana conviene, cifra todo su empeño en demostrar que la santidad se concilia perfectamente con todos los estados y deberes de la vida civil y que, en medio del siglo, puede cualquiera santificarse, con tal que el espíritu del mundo no lo absorba y embeba. De este maestro aprendemos a hacer lo que suelen hacer todos, excepto el pecado, y también, lo que no hacen los más, aprendemos a hacer eso santamente y con intención de agradar a Dios; aprendemos también a guardar el decoro, que él llama gracioso ornato de las virtudes; y no a destruir, sino a vencer la naturaleza: y a volar al cielo poco a poco con leve esfuerzo, a modo de palomas, si no podemos como águilas; esto es, a lograr la santidad por camino ordinario, cuando no hemos sido destinados a extraordinaria perfección. Con el mismo grave y sencillo estilo literario e ingeniosa y festiva variedad de frases y sentencias, con que encarece y pondera los preceptos y los hace gratos, después de exponer la necesidad de abstenernos de toda culpa, de las malas inclinaciones, de las cosas inútiles y nocivas, dice con qué ejercicios ha de cultivarse el alma y cómo debemos unirnos con Dios. Esto supuesto, trata después cómo debemos escoger para nosotros alguna virtud peculiar a que aspiremos

(1) Act. de los Ap. 3, 1.

sin intermisión hasta poseerla; luego de las virtudes en especial; de la decencia; de las conversaciones honestas e inhonestas; de los recreos lícitos y peligrosos; de la fidelidad debida a Dios y de los deberes de los cónyuges, de las viudas y de las doncellas. Finalmente enseña el arte de conocer y vencer los peligros y los incentivos de los placeres; y cómo ha de renovarse el fervor del espíritu, renovando cada año los santos propósitos. Pluguiese a Dios que este libro, el más perfecto en su género, a juicio de sus contemporáneos, estuviera hoy en las manos de todos y todos lo leyesen como en otro tiempo; reverdecería, entonces la piedad cristiana y se alegraría la Iglesia con la santidad de sus hijos.

Aún es de mayor momento el «Tratado de Amor de Dios» en que el Santo Doctor se propone escribir como una historia de la caridad de Dios; narra su origen y progresos, y apunta las causas por las cuales comienza a entibiarse y languidecer en los corazones; muestra después cómo hemos de ejercitarnos y aprovechar en ella. Explana clarísimamente, según se ofrece la oportunidad, las cuestiones más árdidas, tales como las relativas a la gracia eficaz, a la predestinación, a la vocación, a la fé; y para amenizar el discurso, donde rebosan la fecundidad y facilidad de su ingenio, lo sazona con tal gracia y tal aroma de piedad, exornándolo con una verdad de semejanzas, ejemplos y citas, tomadas generalmente de las Sagradas Escrituras, que más que fruto de su entendimiento, este libro parece brotado de su corazón y de sus entrañas.

La Visitación

Los principios de la vida espiritual explicados en estas dos obras, los aplicó al uso y provecho de las almas, así en el cotidiano ministerio como en aquellas admirables «Epístolas» que escribió; y las acomodó al

régimen de las Hermanas de la Visitación, Instituto por él fundado que aún conserva su espíritu fidelísimamente. Pues todo respira, digámoslo así, y sabe a aquella moderación y suavidad en esta comunidad religiosa, destinada a recoger a las vírgenes, a las viudas y a las matronas débiles o enfermas o de edad proveyta, en quienes las fuerzas del cuerpo no responden al fervor del espíritu. No es allí la diaria vigilia ni la larga salmodia, ni la aspereza de la penitencia o de las expiaciones; sino una templanza de leyes tan suaves y remisas, que las religiosas menos saludables fácilmente pueden cumplir sus obligaciones. Y esta facilidad y placidez deben informarse del fuego mismo de la caridad, que hace que las religiosas, que se glorían de tener por padre a San Francisco de Sales, negándose a sí mismas totalmente, sean modestísimas, y buscando virtudes sólidas, no de mera apariencia, mueran a sí mismas para vivir a Dios. ¿Quién no ve en esto aquella singular unión de la suavidad con la fortaleza que admiramos en su Padre legislador?

«Hojas sueltas, periódicos o «Controversias»

Muchos otros escritos de Sales omitimos, de donde también «su celestial doctrina, como río de aguas vivas, que fecundan el campo de la Iglesia... fluyen eficacísimas para la salvación del pueblo de Dios» (1); mas no podemos dejar de mencionar el libro de las «Controversias» en que está «la plena demostración de la fé católica» (2). Conocidas son, Venerables Hermanos, las circunstancias en que hizo su expedición a Chablais Francisco de Sales. Cuando, como narran los historiadores, el duque de Saboya pactó treguas con los bernenses y los ginebrinos a fines del año 1593, nada pareció más oportuno para reconciliar a los chablenses con la Iglesia que una misión de celosos y

(1) Carta apostólica de Pío IX, 19 de noviembre de 1877.

(2) Ibidem.

doctos predicadores, cuya persuasión insensiblemente los atraería a la fé. Mas como el primero que fué a esta región había desertado del sagrado combate, o porque desesperase de la enmienda de los herejes, o porque temiera por sí mismo, Sales que se había ofrecido a la misión, como hemos dicho, al Obispo de Ginebra, en el mes de septiembre de 1594, a pie, sin provisiones, sin más compañía que la de un primo suyo, después de ayunar y orar reiteradamente, pues sólo de Dios esperaba el buen suceso de su empresa, pasó a la región de los herejes. Mas porque éstos no asistían a los sermones, ideó refutar sus errores por medio de hojas que escribía en los intervalos de su predicación cuyos ejemplares, corriendo de mano en mano, circulaban entre los mismos herejes.

Fué cesando gradualmente la composición de estas páginas, pues al fin los chablenses comenzaron a asistir en grande número a los sermones. Estas hojas, escritas de puño y letra del Santo Doctor y dispersas después de su muerte, fueron al cabo reunidas y ofrecidas a Nuestro predecesor Alejandro VII, a quien tocó incluirlo en el catálogo de los beatificados y de los Santos, previo el trámite jurídico. En estas «Controversias» el Santo Doctor usa con mucho acierto la polémica de los siglos anteriores, pero tiene siempre en la disputa un modo peculiar suyo; y en primer lugar confirma que la autoridad no puede ni aun concebirse en la Iglesia de Cristo, sino dada por legítimo mandato, de que absolutamente carecen los ministros del culto herético; confutados los errores de éstos, relativos a la naturaleza de la Iglesia, define las notas propias de la Iglesia verdadera y demuestra que estas notas se encuentran en la Iglesia católica, y faltan en la reformada. Explana después las «Reglas de la fe», y patentiza que los herejes las quebrantan y entre nosotros se observan fielmente; añade, en fin, tratados especiales de que sólo se tienen las disputaciones relativas a

los Sacramentos y al Purgatorio. Y es de admirar con cuánta erudición y cuán sabiamente, como con ejército ordenado de argumentos, presenta la batalla a los adversarios, descubriendo sus engaños y sofismas, y sirviéndose a veces de la ironía y el disimulo felicísimamente. Que si alguna vez sus palabras parecen más vehementes, pero siempre en ellas domina, como los mismos adversarios confesaron, la fuerza de la caridad moderadora de todas sus disputas. Porque, aun al echar en rostro a los fieles errantes la defección de la fé católica, no intenta sino asegurar el camino para implorar con ahinco su conversión. Y aún en el mismo libro de las Controversias se descubre igual ternura y aquel espíritu que redundaba en las obras que escribió para fomentar la piedad; el discurso es elegante y comedido y tan bien dispuesto para persuadir, que aun los propios ministros herejes solían advertir a sus secuaces que no se dejaran vencer de la blandura del Misionero de Ginebra.

Las Fiestas Centenarias

Y ahora, Venerables Hermanos, después de este breve examen de la vida y escritos de San Francisco de Sales, resta que os exhortemos a conmemorar saludablemente su centenario tercero, en cada una de vuestras diócesis.

No quisiéramos que fuese como estéril conmemoración de cosas pasadas; sino deseamos que, durante todo este año hasta el día 28 de diciembre en que voló al cielo, procuréis con cuanta solicitud podáis instruir a los fieles en las virtudes y preceptos del Santo Doctor. Y será vuestro primer cuidado dar a conocer diligentemente al clero y pueblo, confiado a vosotros, lo que aquí decimos y explicamos. En especial anhelamos que llaméis con insistencia a los fieles al cumplimiento del deber de santificarse; cada uno en su propio estado: pues son hartos los que nunca piensan en

la vida eterna o a lo menos olvidan totalmente la salvación de su alma. Implicados unos en afanosos negocios, sólo cuidan de allegar riquezas, mientras las almas padecen desgraciadamente hambre; entregados otros a los placeres, de tal manera se sumergen en las cosas terrenales, que el gusto de las que están sobre lo sensible se halla en ellos obstruído y embotado: otros, finalmente, dedicados a la política, andan por ella solícitos, pero de sí mismos olvidados. Por lo cual, Venerables hermanos, procurad vosotros, con ocasión del centenario de Sales, que entienda el pueblo cómo la Santidad no es singular privilegio que sólo a algunos se conceda, excluídos los demás; sino que es para todos; y que la adquisición de la virtud, aunque es laboriosa—con trabajo que se recompensa abundantemente en deleite y consuelos del alma—para todos es hacedera con el auxilio de la divina gracia que no se niega a nadie.

Proponed a los fieles especialmente la mansedumbre de San Francisco; pues, una vez que en el pueblo penetre esta virtud que tan poderosa es para atraer a los hombres, ¿no se concertarán fácilmente las relaciones públicas y privadas? ¿No es verdad que con esta virtud, esplendor de la caridad divina, se afirmarán la tranquilidad suma y la concordia en la vida doméstica y en la social? Y el que llaman apostolado de los sacerdotes y de los seglares, si se informa por la mansedumbre, ¿no recibirá toda la fuerza necesaria para enmendar la sociedad de los hombres? Mirad pues, cuánto importa que el pueblo cristiano lleve en la mente y en el corazón los ejemplos santísimos de Francisco de Sales, y tenga como por norma de la vida sus preceptos. Para lo cual ayudará mucho al propagar en el pueblo, cuantos ea posible, los libros y opúsculos citados; escritos fáciles al entendimiento y de amena lectura, que excitarán en el ánimo de los fieles el afán de adquirir una piedad verdadera y só-

lida, lo que fomentarían los sacerdotes convenientemente, asimilándose su doctrina y como llevándola en la masa de la sangre, e imitando su dulcísima elocuencia. Se cuenta a este propósito, Venerables Hermanos, que nuestro predecesor Clemente VIII predijo ya la eficacia maravillosa que habían de tener en el pueblo la palabra y los escritos de Francisco de Sales. Porque cuando este Sumo Pontífice, asistido de Padres Cardenales y doctísimos varones, examinó la suficiencia teológica de Sales, elegido para el episcopado, sintió tal admiración que, abrazándolo amantísimamente, le dijo estas palabras: Ve, hijo mío y «bebe el agua de tu cisterna y los raudales de tu pozo; salgan a fuera los ríos de tus fuentes y reparte en las plazas tus aguas» (1). Así predicaba Francisco; que su predicación toda era manifestación del espíritu y de la virtud. Derivada de la Biblia y de los Santos Padres; no sólo se nutría de doctrina teológica, sino de la dulzura de aquella caridad que la hacía más blanda y suave. No es, pues, maravilla que convirtiese herejes en tanto número y que con tal maestro y guía tantos fieles, en el transcurso de estos tres siglos, lograran vida perfecta.

Normas a los Escritores Católicos

Fruto principal de estas solemnidades deseamos que perciban todos aquellos católicos que en los diarios o en otros escritos propagan entre el vulgo, enseñan y defienden la ciencia cristiana. Necesario es que imiten y conserven aquel vigor de San Francisco, unido con la templanza y la caridad en la disputa. Bien les enseña el Santo Doctor con su ejemplo lo que han de hacer: estudiar diligentísimamente la doctrina católica y poseerla según sus facultades, para no falsear lo verdadero, ni atenuarlo, o disimularlo so color de no ofender a los adversarios; cuidar de la forma y elegancia del lenguaje: y distinguir y

decorar las ideas con tal claridad y expresión, que su verdad deleite a los lectores; y cuando haya que refutar errores y resistir a la improvidad de los malos, hacerlo de manera que se vea la rectitud de su ánimo y sobre todo que los mueve la caridad.

Declaración solemne del Celestial Patrono

Y pues no consta en público y solemne documento de la Apostólica Sede que San Francisco de Sales fué dado por Patrón a estos católicos escritores de que hablamos, Nos, aprovechando ocasión tan fausta, de ciencia cierta y con madura deliberación con Nuestra autoridad apostólica por esta Carta Encíclica damos o confirmamos y declaramos Patrono Celestial de estos escritores a San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y Doctor de la Iglesia, no obstante nada en contrario.

De los Tesoros Espirituales

Ahora, pues, Venerables Hermanos, para que estas fiestas centenarias sean más solemnes y fructuosas, conviene que no falte a vuestros fieles ningún estímulo la piedad, de manera que den culto a este luminar de la Iglesia con la veneración debida, y por su intercesión, purificados de sus culpas en el sacramento de la penitencia y confortados con el divino manjar, fuerte y suavemente se dirijan a alcanzar en breve la santidad. Procurad que en la ciudad de vuestra Sede y en cada una de las parroquias de la diócesis, por todo este año hasta el 28 de diciembre, se celebren triduos o novenas en que se predique la divina palabra; pues importa mucho que el pueblo se instruya bien en aquellas cosas que, teniendo por guía a Francisco de Sales, lo elevan a las más altas perfecciones. Y abriendo el tesoro de los dones sagrados, a Nos confiado per Dios en bien de las almas, concedemos a todos los que asistieren piadosamente a dichos cultos

siete años y siete cuarentenas de perdón cada día, y en el último de ellos, o en cualquiera otro que se designare, indulgencia plenaria con las acostumbradas condiciones.

Y para que el Monasterio de la Visitación de Ancey, donde está el sepulcro de Sales y ante cuyo venerable cuerpo Nos con inmenso gozo espiritual celebramos en otro tiempo la Santa Misa; y asimismo Treviso, donde su corazón se guarda; y las demás comunidades religiosas de la Visitación no carezcan de alguna especial muestra de Nuestra benignidad, concedemos que los que en las fiestas mensuales que ellas celebrarán en acción de gracias este año, y además el día 28 de diciembre, también por este año solamente, visitaren sus iglesias en la forma acostumbrada, y confesados y comulgados orasen por Nuestra intención, indulgencia asimismo plenaria.

Y vosotros, Venerables Hermanos, exhortad a vuestros fieles vehementemente, para que pidan por Nos al Santo Doctor; pues plugo a Dios que rigiésemos su Iglesia en circunstancias difícilísimas, plegue también que por la intercesión de Sales, que con singular reverencia siguió a esta Sede Apostólica, cuyos derechos defendió admirablemente en sus «Controversias», logremos, felizmente, que a todos los que andan alejados de la Ley de la caridad de Cristo, volviendo a los pasos de la vida eterna, los abracemos en la comunión y en el ósculo de la fé. Portadora de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia sea entre tanto la apostólica bendición que a vosotros, Venerables Hermanos, y a todo el clero y pueblo vuestro amantísimamente os damos.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 26 de enero de 1923, primero de Nuestro Pontificado

PÍO XI, PAPA.

NUESTRO. RVDMO. PRELADO PROPUESTO PARA LA SEDE DE PAMPLONA

Aunque conocida ya de todos los lectores del **BOLETIN ECLESIASTICO**, no podemos menos de recoger en estas columnas la noticia circulada por toda la prensa, según la cual nuestro Ilmo. y Rvdmo. Prelado ha sido propuesto por S. M. el Rey D. Alfonso XIII (q. D. g.) para la diócesis de Pamplona.

«*Hogar y Pueblo*» expresaba bien los encontrados sentimientos que la anterior noticia hubo de producir en toda la Diócesis.—«Aunque hacía ya algún tiempo, decía el periódico, que la prensa católica había indicado que pronto sería un hecho la traslación de nuestro Prelado a la Sede de Pamplona, no dejó sin embargo de causar honda emoción el conocimiento cierto de lo que se venía afirmando con marcada insistencia, revelándose en los comentarios, al par que la satisfacción y la alegría que causa ver reconocidos los méritos de nuestro Sr. Obispo, la pena que oprime el corazón, al pensar que muy en breve nos veremos privados de nuestro Padre y Pastor».

Y cómo no sentirnos satisfechos, cómo no experimentar en lo íntimo de nuestras almas los más puros afectos de sincera gratulación y alborozado regocijo, al ver premiados los méritos y recompensadas las virtudes de nuestro amadísimo Prelado, la rectitud y encendido celo de nuestro vigilantísimo Pastor, siempre atento al remedio de las necesidades de sus queridos hijos, dispuesto siempre a los mayores sacrificios por la salud de sus ovejas? Pero al mismo tiempo ¿cómo no sentir embargada el alma por profunda pena ante la partida inminente del Pastor abnegado y cariñoso que ha sabido granjearse el aprecio y la estimación de todos sus diocesanos, del Padre que tiene levantado un altar de respetuosa veneración y filial amor en los corazones de sus amantes y queridos hijos?

No somos nosotros los llamados a hacer una requisitoria de la ingente labor desarrollada por el Señor Múgica en nuestra Diócesis durante su pontificado. La Visita Pastoral que ha llevado a cabo en casi todos los pueblos de la Diócesis; las frecuentes Cartas Pastorales, Exhortaciones y Circulares en las que ha atendido con paternal solicitud a la instrucción sólida de sus hijos en las verdades más fundamentales de nuestra sacrosanta Religión; la predicación asidua y perseverante, en la que con unción verdaderamente apostólica enseñaba a sus fieles diocesanos los derroteros de la virtud y señalaba con frase enérgica la podredumbre del vicio y sus tortuosas sendas; su amor al venerable Clero, procurando hacerle más llevadera la pesada carga de su ministerio, con luminosas y prácticas instrucciones; su anhelo constante por la difusión de los Sindicatos católicos, presidiendo las Asambleas anuales de la Federación Diocesana y promoviendo, durante el año del III Centenario de la Canonización de San Isidro, aquella brillante Cruzada de los labradores oxomenses, cuyo recuerdo permanecerá imborrable en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de presenciar aquellas imponentes y hermosísimas explosiones de la fe y entusiasmo de estos sencillos campesinos..., serían otros tantos temas que darían materia para llenar muchas cuartillas, si hubieran de tratarse con la debida extensión.

Y cuando tantos afanes parece que debían agotar las enegías de su actividad y solicitud, todavía encontraba nuestro Ilmo. y Rvdo. Prelado tiempo suficiente para extender por diversas partes de España los resplandores de la llama de su celo, y en Barcelona y en Madrid, en Burgos y en Pamplona, en Estibaliz y Santurce y donde quiera que se ha solicitado su concurso, ha hecho brillar con propios fulgores la estela luminosa de su doctrina y ha dejado sentir el suave olor de sus virtudes.

Buena prueba de ello son los centenares de telegramas de felicitación que desde toda España se le han dirigido y las innumerables cartas que ha recibido de todas las partes de la Diócesis. Telegramas en los que la efusión y enhorabuena se derraman con efluvios de plena gratulación y regocijo, y cartas en las que la felicitación sentida lleva dejos de profunda pena por la pronta partida del Padre querido y del solícito Pastor.

Reciba, pues, nuestro amadísimo Prelado la más sentida enhorabuena, por su merecida promoción, y recíbala también la diócesis de Pamplona que ha tenido la dicha de merecer un Prelado, cual lo describe el apóstol S. Pedro, *forma factus gregis ex animo*, para quien sin dada el Príncipe de los Pastores está tejiendo una corona de inmarcesible gloria.

La Dirección.

COLLATIONES ECCLESIASTICAE

PRO COLLATIONE DIEI 26 JULII 1923

Laelius, viginti annorum juvenis, ad sacerdotis pedes provolutus sic confitetur: a decem annis prima vix confessione facta, ulterius non sum confessus; doctrinae christianae prorsus oblitus sum; per multos annos de fidei virtute nihil curavi; primum indifferenter, postmodum etiam impie vixi, nunc ad meliorem frugem tribulatione protritrus, converti cupio; sed metu contubernalium, per aliquod tempus, dum meis negotiis provideo, conversionem meam innotescere non possum; fidei professionem simulare cogor. Confessarius, inter angustias constitutus, nescit utrum id permittere possit, et sibi quaerit:

Utrum Laelius peccaverit propter omissionem actuum fidei internorum et ejusdem fidei manifestationis externae?—An liceat quandoque dissimulare fidem?—An interrogatus de fide possit uti verbis ambiguis?—An liceat uti signis aut vestibus infidelium?—Quaenam sunt necessitate medii atque praecepti credenda?—Quid ad casum?

Quaestio Liturgica

Quid observare debeant capellani, Episcopo assistentes, dum Missam privatam celebrat?

AVISO DE LA HABILITACION

En virtud de una de las cláusulas del acta de elección de Admor.-Habilitado del Clero quedan como pagadurías fijas las siguientes: Burgo de Osma, Soria, Gómara, Almarza, Serón de Nágima, Palacios de la Sierra, Salas de los Infantes, Huerta de Rey, Roa de Duero, Aranda de Duero, Langa de Duero, Berlanga de Duero y Rioseco.

Deseando facilitar a *todos los partícipes* el cobro de sus respectivos haberes y con el fin de hacer los giros correspondientes con toda exactitud y puntualidad, se ruega a todos los interesados que, dentro del plazo de 8 días, manifiesten directamente a esta Habilitación el centro o pagaduría en que más les convenga recibirlos, advirtiéndoles que no podrán cobrar en otros centros que en los por ellos una vez elegidos.

El Admor.-Habilitado,
D. Pedro Lucas Delso.

CRÓNICA DIOCESANA

Un éxito brillante de nuestro Ilmo. Prelado en la fiesta de la Virtud y el Trabajo, organizada por la Cruz Roja de Burgos.

Resumen de «El Castellano».

EL DISCURSO DEL DR. MÚGICA

Entre una salva de aplausos se levanta a hablar el ilustre prelado.

Recuerda cómo, en efecto, hace pocos días asistía en Santurce a las fiestas en homenaje de Cristóbal de Murrieta, aquel gran hombre que de humilde trabajador llegó a ser poderoso protector de las ciencias, arte y religión de su país y patria, llegando hasta salvar la fama y crédito del Erario español, cuando en 1866 el Gobierno inglés reclamaba de aquel, en situación angustiosa para nuestra patria, 500.00 libras esterlinas.

El trabajo y la virtud de aquel gran hombre hicieron de él un buen patriota. Y así, cuando alguien le censuraba por su prodigalidad, al facilitar sus riquezas a Méndez Núñez que en apurados momentos las demandaba, Murrieta respondía; «Un almirante español que necesita dinero no precisa garantía». Cuando el recuerdo de tan grande hombre absorbía su atención, la Cruz Roja de Burgos le invitaba a ser mantenedor de esta simpática fiesta de la Virtud y el Trabajo.

En vibrantes párrafos considera el orador la sublime significación de la misión de la cruz de Pelayo en la Reconquista, la de la batalla de las Navas, la del Salado, la de Colón y la de Hernán Cortés, el de la firme esperanza en la victoria con el santo signo.

Y su admiración por la misión que en la Obra se reserva hoy a la cruz sube de punto, al considerar que hoy es la Cruz Roja, en recuerdo del sacrificio y sangre con que la tiñó Jesucristo, la que desempeña la sagrada misión de levantar al desvalido, curar a los he-

ridos, consolar al triste, llegando sus miembros hasta olvidar los propios hijos por los hijos de la Patria.

Se lamenta el orador de tener que hablar ante el representante del Rey Católico y del Cardenal Benlloch, a quien Su Santidad llamó hace poco «el magnífico señor de la palabra» y pasa a estudiar los dos temas de su discurso: Trabajo y Virtud.

Ocupándose de la consideración social del trabajo, señala las fases de su historia, desde que en los tiempos de Roma fué despreciado, incluso por los grandes genios, hasta los actuales en que el trabajo lo es todo.

Y no se puede ser enemigo del trabajo, porque todos los seres pregonan su eficacia; pero tampoco ha de juzgarse de su valor, como hacen los socialistas por el tiempo empleado, energías consumidas y fruto logrado, pues entonces el trabajo del caballo o la máquina valdría más que el del hombre.

El trabajo dirigido por la razón y la virtud es principalmente una entidad moral.

Y así, el trabajo dignificando siempre al hombre aumenta en excelencia con la calidad de la persona del trabajador.

Algunos quisieran que hasta los reyes cavasen la tierra. Yo estoy seguro que así pudiera un Monarca ganar baratas y fáciles alabanzas.

Pero un rey atento a las palpitaciones de la necesidad de su Patria, que un día preside Congresos científicos y otro asiste a maniobras militares y más tarde se pone en contacto con el lecho infecto de las Hurdes e inaugura las instalaciones físico químicas y los saltos de agua que se transforman en la energía que mueve la industria y luz que ilumina al pueblo; un rey que se postra reverente ante la urna de San Isidro Labrador, ante el brazo de San Francisco Javier, ante las reliquias de San Ignacio de Loyola y de Santa Teresa de Jesús, la santa más grande de España, acaso de la Iglesia; un rey que consagra a España entera al Sa-

grado Corazón de Jesús, ese Rey ¿trabaja o no trabaja? Ahí tenéis la dignidad del trabajo en lo que tiene de noble, de digno y de soberano. (Ovación)

En párrafos de profundo sabor teológico eleva al auditorio a la consideración del trabajo divino.

Todo movimiento—dice—procede de Dios, pero solo el movimiento y trabajo del hombre es el que concurre conscientemente a la obra del Creador.

Y así, es una participación del trabajo divino, no en el sentido panteístico, sino en el moral.

No es extraño que la Iglesia Católica haya protegido y bendecido el trabajo y condenado a los herejes que lo consideran como cosa despreciable.

El trabajo es la oración viviente del hombre. Yo os aseguro—añade—que cuando esa pobre lavandera, que ha recogido su premio, se levantaba de madrugada para asistir a sus penosas labores, Dios recogió su sacrificio como la mejor plegaria y miraba su trabajo con más complacencia que la que nosotros sentimos al ver pintar el mejor cuadro de un genial pintor.

Entra a continuación en el estudio de la *Virtud*, elevada por los cristianos del concepto de energía moral y física del hombre al de hábito que inclina fácilmente al bien.

Canta las sublimes excelencias de la virtud en el progreso de los pueblos, la paz de las naciones, la felicidad de los hogares y la santificación de la raza; dice que un hombre sin virtud es como un gran palacio sin moradores.

La virtud es más fácil en quien no tiene que apartar espinas de su camino por contar con medios para satisfacer las imperiosas necesidades.

Censura las tendencias extremistas que no saben mantenerse en el fiel de la constancia y perseverancia, degenerando en revolucionarias por falta de moralidad.

Recuerda anécdotas de Plutarco y Torcuato Tasso,

que consideraban como más feliz al hombre más virtuoso, por ser el que más se acerca a Dios, y se conduele de que aún en nuestros tiempos haya seres inactivos o que pospongan a convenciones modernistas la mayor eficacia de su obra.

La virtud del trabajo debe dirigir a la labor conjunta, sin lucha, porque ésta solo produce la muerte o el daño para las personas de los combatientes, los intereses creados, o la paz de la Patria.

Pero los cristianos no rehusan la lucha por el bien y el sacrificio voluntario de sus vidas por el prójimo, que es la virtud del trabajo. Por eso el doctor Melo ha dicho en el Senado, en triste ocasión, que todos los Obispos españoles tienen dispuesta su sangre si necesario fuera para salvar a España.

Reseña un emocionante ejemplo de cristiana caridad ocurrido en una fábrica de Barcelona y, glosando el fruto de la maldad en tiempos pasados como advertencia a las generaciones venideras, termina recordando el poder del trabajo y la virtud, para oponerlo a la lava de maldad que ahoga al mundo.

Una calurosa ovación premió la gran labor del orador al terminar su discurso.

SUMARIO: Viaje del Rvmo. Prelado.—Encíclica de S. S. el Papa Pío XI sobre S. Francisco de Sales.—El Ilmo. y Rvmo. Prelado propuesto para la diócesis de Pamplona.—Conferencia moral y litúrgica.—Aviso de la Habilitación diocesana del Clero:—Crónica diocesana: El Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo en la fiesta organizada por la Cruz Roja de Burgos: Resumen de su admirable discurso, tomado de «El Castellano».

IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ. — BURGO DE OSMA